

de Grève, en que se ajusticiaba en tiempo de la rama primogénita, se instituyó una Grève ciudadana, bajo el nombre de Barrera de Santiago; los «hombres prácticos» conocieron la necesidad de una guillotina casi legítima; y en esto fué donde obtuvo una de sus victorias Casimiro Perier, que representaba el lado estrecho de la clase media, contra Luis Felipe, que representaba el lado liberal. Luis Felipe había anotado por su mano á Beccaria; y escribía después del atentado de Fieschi: *¡Qué lástima que yo no haya sido herido! Hubiera podido perdonar.* Otra vez, aludiendo á la resistencia de sus ministros, escribía, á propósito de un condenado político, que es una de las más generosas figuras de nuestro tiempo: *Su perdón está concedido; no me falta más que obtenerlo.* Luis Felipe era afable como Luis IX, y bueno como Enrique IV.

Ahora bien, para nosotros, en la historia, en que la bondad es una perla rara, el que ha sido bueno pasa casi antes que el que ha sido grande.

Es muy natural que habiendo sido juzgado Luis Felipe severamente por unos, duramente tal vez por otros, un hombre que es hoy también un fantasma, y que ha conocido á ese rey, venga á declarar en su favor ante la historia; esta declaración, cualquiera que sea, es evidentemente y, sobre todo, desinteresada; un epitafio escrito por un muerto es sincero; una sombra puede consolar á otra sombra; la participación de las mismas tinieblas da el derecho de alabanza; y no es de temer que se diga nunca de dos tumbas en el destierro: Esta ha adulado á aquella.

IV

GRIETAS EN LOS CIMIENTOS

En el momento en que el drama que vamos narrando va á penetrar en el espesor de una de las nubes trágicas que cubren los principios del reinado de Luis Felipe, no era conveniente ningún equívoco, y era necesario que este libro se explicase acerca de aquel rey.

Luis Felipe había adquirido la autoridad real sin violencia, sin acción directa por su parte, por un giro revolucionario, evidentemente muy distinto del fin real de la revolución, pero en el cual el duque de Orleans no había tenido ninguna iniciativa personal. Había nacido príncipe, y se creía elegido rey. No se dió á sí mismo este poder; no le tomó; se le ofrecieron, y le aceptó; convencido, equivocadamente á nuestro juicio, pero convencido de todos modos, de que el ofrecimiento era con arreglo á derecho, y de que la aceptación era un deber. De aquí nació una posesión de buena fe. Ahora bien, digamos en conciencia, que estando Luis Felipe de buena fe en su posesión y la revolución de buena fe en su ataque, la cantidad de espanto que se desprende de las luchas sociales no recae sobre el rey ni sobre la democracia. Un choque de principios se parece á un choque de

elementos. El Océano defiende al agua; el huracán defiende al viento; el rey defiende al realismo; la democracia defiende al pueblo; la monarquía, que es lo relativo, resiste á lo absoluto, que es el pueblo; la sociedad vierte sangre en este conflicto; pero lo que es hoy su padecimiento, será después su salud; y en todo caso no debe culparse á los que luchan; uno de los dos partidos se equivoca evidentemente, porque el derecho no está como el coloso de Rodas sobre dos riberas á la vez, con un pie en el pueblo y otro en el trono; es indivisible, está todo en un lado; pero los que se engañan, se engañan sinceramente; un ciego no es culpado, del mismo modo que un vendedano no es un bandido. No imputemos, pues, más que á la fatalidad de las cosas esas colisiones terribles. En esas tempestades, cualesquiera que sean, entra siempre la irresponsabilidad humana.

Acabemos esta teoría.

El gobierno de 1830 principió en seguida una vida muy dura: nació ayer, y tuvo que combatir hoy.

Apenas instalado, sentía ya por todas partes vagos movimientos de tracción sobre el aparato de julio, tan recientemente armado y tan poco sólido.

La resistencia nació al día siguiente: quizá había nacido ya la víspera.

Cada mes creció la hostilidad, y pasó de sorda á patente.

La revolución de julio, poco aceptada fuera de Francia por los reyes, había sido interpretada en Francia de muy diversos modos según hemos dicho.

Dios entrega á los hombres sus voluntades visibles en los acontecimientos; texto obscuro escrito en una lengua misteriosa. Los hombres le traducen en seguida, y hacen traducciones apresuradas, incorrectas, llenas de faltas, de lagunas y de contrasentidos. Muy pocas inteligencias comprenden la lengua

divina. Las más sagaces, las más serenas, las más profundas descifran lentamente, y cuando llegan con su texto, todo se ha verificado hace tiempo; hay ya veinte traducciones en la plaza pública. De cada traducción nace un partido, de cada contrasentido una facción; y cada partido cree tener el único texto verdadero, y cada facción cree poseer la luz.

Y muchas veces el mismo poder es una facción.

Hay en las revoluciones nadadores contra la corriente, y son los partidos viejos.

Los partidos viejos que se refieren al derecho hereditario por la gracia de Dios, creen que habiendo nacido las revoluciones del derecho de insurrección, tienen también el derecho de rebelión; esté es un error, porque siendo la revolución precisamente lo contrario de insurrección, cuando las revoluciones son verdaderamente tales, el insurgente no es el pueblo; es el que se opone á su voluntad. Siendo toda revolución verdadera el cumplimiento de una función normal, contiene en sí su legitimidad, legitimidad que algunas veces deshonran los falsos revolucionarios; pero que persiste, aun deshonrada; que sobrevive, aun ensangrentada. Las revoluciones salen, no de un accidente, sino de la necesidad; una revolución es la vuelta de lo ficticio á lo real: existe, porque debe existir.

Los antiguos partidos legitimistas no por esto dejaron de atacar la revolución de 1830 con todas las violencias que produce el falso raciocinio. Los errores son excelentes proyectiles. La hirieron sabiamente por donde era vulnerable; en el flaco de su coraza; por su falta de lógica atacaban á la revolución en su realismo, y gritaban: Eres Revolución, ¿por qué quieres á este rey? Las facciones son ciegos que apuntan bien.

Los republicanos daban este mismo grito; pero

en ellos era lógico. Lo que era ceguera para los legitimistas, era lucidez en los demócratas. La revolución de 1830 había hecho bancarrota para el pueblo, y la democracia indignada la reprendía.

Entre el ataque del pasado y el ataque del porvenir, el establecimiento de julio se resistía. Representaba el minuto presente, luchando por un lado con los siglos monárquicos, y por otro con el derecho eterno.

Además, en cuanto á lo exterior, 1830 no siendo ya revolución, y haciéndose monarquía, se veía obligado á seguir el paso de Europa. Debía, pues, conservar la paz, lo que aumentaba la complicación. Una armonía deseada equivocadamente, es muchas veces más onerosa que una guerra. De este sordo conflicto, siempre con mordaza, pero siempre amenazador, nació la paz armada, ese ruinoso expediente de la civilización, recelosa de sí misma.

La monarquía de julio se encabritaba, por más realista que fuese, metida en varas con los gabinetes de Europa. Metternich la hubiera puesto de buena gana en el potro. Impulsada en Francia por el progreso, impulsaba en Europa á las monarquías, seres tardigrados. Era remolcada y remolcaba.

Mientras tanto, en el interior, pauperismo, proletariado, salario, educación, penalidad, prostitución, estado de la mujer, riqueza, miseria, producción, consumo, repartición, cambio, moneda, crédito, derecho al capital, derecho al trabajo; todas estas cuestiones se multiplicaban por cima de la sociedad: terrible peso.

Por fuera de los partidos políticos propiamente dichos se manifestaba un nuevo movimiento. A la fermentación democrática, respondía la fermentación filosófica; la parte más pura estaba tan conmovida como la turba; de otra manera, pero tanto.

Los pensadores meditaban, mientras que el suelo, es decir, el pueblo, atravesado por las corrientes revolucionarias, temblaba bajo sus plantas con una especie de vagas sacudidas epilépticas. Estos pensadores, unos aislados, otros reunidos en familias, y casi en comuniones, removían las cuestiones sociales, pacífica, pero profundamente: mineros impasibles, que trabajaban tranquilamente sus galerías en las profundidades de un volcán, y apenas se distraían por las sordas conmociones y por los hornos vistos á lo lejos.

Esta tranquilidad no es una de las menores bellezas de aquella época agitada.

Estos hombres dejaban á los partidos políticos la cuestión de los derechos, y trataban de la cuestión de la felicidad.

Se proponían extraer de la sociedad el bienestar del hombre.

Elevaban las cuestiones materiales, las cuestiones de agricultura, de industria, de comercio, casi hasta la dignidad de una religión. En la civilización, tal como se va realizando, un poco por Dios y mucho por el hombre, los intereses se combinan, se agregan, se amalgaman de manera que forman una verdadera roca dura, según una ley dinámica pacientemente estudiada por los economistas, que son los geólogos de la política.

Estos hombres que se agrupaban bajo nombres diferentes, pero que pueden ser designados todos por el título genérico de socialistas, trataban de horadar esta roca, y de hacer salir de ella el surtidor de agua viva de la felicidad humana.

Sus trabajos lo abrazaban todo, desde la cuestión del patíbulo hasta la cuestión de la guerra. Al derecho del hombre proclamado por la revolución francesa, añadían el derecho de la mujer y el derecho del niño.

Nadie extrañará que, por varias razones, no tratemos aquí á fondo, bajo el punto de vista teórico, las cuestiones promovidas por el socialismo. Nos limitamos á indicarlas.

Todos los problemas que los socialistas se proponían, prescindiendo de las visiones cosmogónicas, los delirios y el misticismo, pueden reducirse á dos principales.

Primer problema:

Producción de la riqueza.

Segundo problema:

Repartición de la riqueza.

El primer problema implica la cuestión del trabajo.

El segundo, la cuestión del salario.

En el primer problema se trata del empleo de las fuerzas.

En el segundo, de la distribución de los goces.

Del buen empleo de las fuerzas resulta el poder público.

De la buena distribución de los goces resulta la felicidad individual.

Por buena distribución deben entenderse, no la distribución igual, sino la distribución equitativa. La primera igualdad es la equidad.

De estas dos cosas combinadas, poderío público en el exterior, felicidad individual en lo interior, nace la prosperidad social.

Y prosperidad social quiere decir: el hombre feliz, el ciudadano libre, la nación grande.

La Inglaterra resuelve el primero de estos dos problemas. Produce admirablemente la riqueza, pero la distribuye mal; y esta solución, que sólo es completa por un lado, la lleva fatalmente á estos dos extremos: opulencia monstruosa, miseria monstruosa: todos los goces para algunos, todas las privaciones

para los demás, es decir, para el pueblo; el privilegio, la excepción, el monopolio, el feudalismo, nacen aquí del trabajo mismo. Situación falsa y peligrosa que asienta el poder público sobre la miseria particular, y que funda la grandeza del Estado en los padecimientos del individuo. Grandeza mal compuesta en que se combinan todos los elementos materiales, y en la cual no entra ningún elemento moral.

El comunismo y la ley agraria creen resolver el segundo problema. Se engañan: su repartición mata la producción; la distribución igual mata la emulación y, por consiguiente, el trabajo; es una repartición hecha por el carnicero, que mata lo que divide. Es, pues, imposible detenerse en estas falsas soluciones: matar la riqueza, no es repartirla.

Los dos problemas exigen una solución común para estar bien resueltos; las dos soluciones deben estar combinadas de manera que formen una sola.

Si sólo resolvéis el primer problema, tendréis á Venecia, á Inglaterra; tendréis, como Venecia, un poder artificial, ó como Inglaterra, un poder material; tendréis el mal del rico, y moriréis por vías de hecho, como ha muerto Venecia, ó por una bancarrota, como caerá Inglaterra. Y el mundo os dejará morir y caer; porque el mundo deja caer y morir todo lo que no es más que egoísmo, todo lo que no representa para el género humano una virtud ó una idea.

Téngase entendido que por estas palabras Venecia, Inglaterra, designamos, no los pueblos, sino las construcciones sociales, la oligarquía sobrepuesta á la nación y no la nación misma. Las naciones merecen siempre nuestro respeto y nuestra simpatía. Venecia, como pueblo, renacerá: Inglaterra, como aristocracia, caerá; pero Inglaterra, como nación, es inmortal. Dicho esto, prosigamos.

Resolved los dos problemas: animad al rico y proteged al pobre; suprimid la miseria; poned término á la explotación del débil por el fuerte; poned freno al inicuo recelo del que está en camino, contra el que ha llegado ya; ajustad matemática y fraternalmente el salario al trabajo; mezclad la enseñanza gratuita y obligatoria con el crecimiento de la infancia; haced de la ciencia la base de la virilidad; desarrollad las inteligencias, ocupando al mismo tiempo los brazos; sed á la vez un pueblo poderoso y una familia de hombres felices; democratizad la propiedad, no aboliéndola, sino universalizándola, de modo que todo ciudadano, sin excepción, pueda ser propietario, cosa más fácil de lo que se cree; en una palabra, sabed producir y repartir la riqueza, y tendréis juntamente la riqueza material y la grandeza moral; y seréis dignos de llamaros Francia.

Esto es lo que, aparte y por encima de algunas sectas que se extraviaban, decía el socialismo; esto era lo que buscaba en los hechos, lo que bosquejaba en los ánimos.

¡Esfuerzos admirables! ¡Tentativas sagradas! Estas teorías, esta resistencia; la necesidad inesperada para el hombre de Estado de contar con los filósofos, confusas evidencias vislumbradas, una política nueva que había que crear, de acuerdo con el mundo antiguo y sin ponerse demasiado en desacuerdo con el ideal revolucionario; una situación, en la cual era preciso emplear á Lafayette en defender á Polignac; la intuición del progreso transparente bajo el motín; las Cámaras y la calle; las competencias que debían equilibrarse en derredor del rey; su fe en la revolución; tal vez una desconocida resignación eventual que nacía de la vaga aceptación de un derecho definitivo superior; su deseo de ser como los de su raza, su espíritu de familia, su sincero respeto al pueblo,

su propia honradez: todas estas cosas traían pensativo á Luis Felipe casi dolorosamente; y á veces, por más fuerte y animoso que fuese, le abatían bajo la dificultad de ser rey.

Sentía que bajo sus piés se verificaba una desgriegación temible, que no era, sin embargo, un desmoronamiento, porque la Francia era más Francia que nunca.

Tenebrosos agrupamientos cubrían el horizonte. Una sombra extraña que iba aproximándose, se extendía poco á poco sobre los hombres, sobre las cosas, sobre las ideas; sombra que provenía de la cólera y de los sistemas. Todo lo que había sido ahogado con precipitación, se removía y fermentaba. Alguna vez la conciencia del hombre honrado detenía su respiración; tanto malestar había en aquel aire en que los sofismas se mezclaban con las verdades. Los ánimos temblaban en la ansiedad social, como las hojas cuando se aproxima la tempestad. La tensión eléctrica era tal, que en ciertos momentos, cualquiera, un desconocido, iluminaba; y después volvía á caer la obscuridad crepuscular. A intervalos, profundos y sordos murmullos podían hacer juzgar de la intensidad del rayo que contenía la nube.

Apenas se habían pasado veinte meses desde la revolución de julio, y el año 1832 había empezado con aspecto amenazador. La miseria del pueblo; los trabajadores sin pan; el último príncipe de Condé que había desaparecido en las tinieblas; Bruselas expulsando á los Nassau, como París á los Borbones; la Bélgica ofreciéndose á un príncipe francés, y entregada á un príncipe inglés; el odio ruso de Nicolás detrás de nosotros; dos absolutistas en el Mediodía, Fernando en España y Miguel en Portugal; la tierra temblando en Italia; Metternich extendiendo la mano sobre Bolonia; Francia afrontando al Austria en An-

cona; en el Norte un ruido siniestro del martillo que remachaba los clavos de la Polonia en su ataúd; en toda Europa miradas irritadas que acechaban á Francia; Inglaterra, aliada sospechosa, dispuesta á empujar lo que cayese, y á echarse sobre lo que hubiera ya caído; la Cámara de los Pares refugiándose detrás de Beccaria para negar cuatro cabezas á la ley; las flores de lis borradas del coche del rey; la cruz arrancada de Nuestra Señora; Lafayette decaído; Laffitte arruinado; Benjamín Constant muerto en la indigencia; Casimiro Perier muerto del cansancio del poder; la enfermedad política y la enfermedad social declarándose á la vez en las dos capitales del reino, la una en la ciudad del pensamiento y la otra en la ciudad del trabajo; en París la guerra civil, en Lyon la guerra servil, en las dos ciudades el mismo resplandor de un horno; una púrpura de cráter en la frente del pueblo; el Mediodía fanatizado; el Occidente turbado; la duquesa de Berry en la Vendée; los complots, las conjuraciones, los levantamientos, el cólera, añadían al obscuro rumor de las ideas el sombrío tumulto de los acontecimientos.

V

HECHOS DE DONDE SALE LA HISTORIA

IGNORADOS POR LA HISTORIA

Hacia fines de abril todo se había agravado. La fermentación se convertía en ebullición. Desde 1830 había habido, aquí y allá, pequeñas conmociones parciales, prontamente reprimidas, pero que renacían en seguida; señal de una vasta conflagración subyacente. Alguna cosa terrible se estaba formando. Entreveíanse los lineamientos aún poco marcados y mal iluminados de una revolución posible. La Francia miraba á París, y París miraba al barrio de San Antonio.

El barrio de San Antonio, sordamente caldeado, entraba en ebullición.

Las tabernas de la calle de Charonne estaban graves y tempestuosas, por más que la unión de estos dos adjetivos parezca muy singular aplicada á las tabernas.

Allí el gobierno era, pura y simplemente, el objeto de la cuestión: discutíase públicamente *la cosa*, para combatir ó permanecer tranquilos. Había trastiendas en que se hacía jurar á los obreros que saldrían á la calle al primer grito de alarma, y «que